

# SEXOLOGIA: FUENTE Y POZO DE LA CONCIENCIA COLECTIVA

Raquel Valero Oltra  
Just Valls Pueyo

**N**UEVOS aires empiezan a soplar en el enmarañado bosque de la sexología. Aún no hace mucho, todos los vientos sonaban a interés, investigación, deseo de profundizar en lo desconocido, deseo de experimentar, etcétera.

Parece ser que la nueva moda sexológica es un huracán que por encima de todo pretende regular, institucionalizar, titularizar, entrar finalmente por la cualificación académica clásica.

Sin embargo me pregunto, y dejo la pregunta en el aire, si el excesivo afán por la cualificación académica está más en la línea de una seria formación, o son las primeras señales de que lo que nace como vivo empieza su propio proceso de esclerosis.

Pienso que si se institucionaliza demasiado, si se apoya demasiado en un marco teórico, la sexología se torna en una ortodoxia y se puede fosilizar. Es una ley.

Max Weber, padre de la sociología del conocimiento, la formuló: todos los movimientos tienen una fase carismática y luego una fase burocrática.

Con respecto a la sexología, nuestra particular opinión es de que, por suerte y conscientes de que ya soplan otros vientos y de los inconvenientes que supone, aún estamos en la fase carismática.

Intentamos mantenernos en lo carismático en lo que supone de vivo, creativo, dinámico y nos acercamos a lo institucional en lo que supone de acceso a un cuerpo teórico serio.

Para ello es preciso retomar el sustrato histórico que subyace a nuestra actual concepción de la sexología.

Siempre ha existido una «actividad sexual» pero la carne para el hombre medieval, no es lo mismo que el sexo para el hombre actual. Simplemente porque el cuerpo del hombre medieval no estaba codificado por los mismos parámetros que el cuerpo del hombre del siglo XX.

Vamos a intentar acceder, aunque sea de una forma somera, a alguno de los elementos codificadores que estructuran el cuerpo sexuado de las personas, hombres y mujeres de nuestro entorno socio-cultural.

Inicialmente entendemos el cuerpo como el resultado histórico de la intervención cultural sobre los datos biológicos.

¿Cuáles son los datos culturales que han generado el cuerpo sexuado que tenemos?

Nuestra cultura, básicamente judeo-cristiana y platónica, ha estructurado un cuerpo codificado, normativizado por unos valores, unas normas, una moral, un código, que ha generado un cuerpo en el que la sexualidad

se vive como dualidad, tensión, lucha, esfuerzo...

Esa dualidad aparece como una constante a lo largo de todo el proceso histórico que da pie a toda la actual cultura occidental.

Históricamente esta dualidad ya se gestó con el proceso sufrido por el Bèsed del judaísmo primitivo y el Agape evangélico (ambos de un noble y rico sentido sexual, profundo, como fusión y separación de dos personas en igualdad de condiciones) que ya en el cristianismo inicial tropiezan por un lado con el dualismo platónico y caen en el desprecio del cuerpo, y por otro con la caritas agustiniana que hace aún más inaccesible la sublimidad del Agape.

«El cristianismo de Occidente ha olvidado el Evangelio y ha canonizado a Platón» (E. Amezá, 1974), catapultándonos hacia un cuerpo en el que lo bueno y lo malo produce una tremenda escisión dual, y en la cual aún nos seguimos moviendo.

Otro proceso histórico del cual nuestro cuerpo sigue siendo deudor es el llamado Amor-Pasión, o Amor Cortés que tiene su época de esplendor en el siglo XIII, con la poesía de los trovadores.

Denis de Rougemont en su obra «El Amor y Occidente», dice al respecto: «La historia de la pasión de amor, en todas las grandes literaturas, desde el siglo XIII hasta nuestros días, es la historia de la degradación del mito cortés en la vida "profanada". Es el relato de las tentativas cada vez más desesperadas que hace Eros para reemplazar la trascendencia mística por una intensidad emocional» (D. Rougemont, 1978).

Desde entonces, la pasión se ha convertido en uno de los polos de nuestra tensión creadora y seguimos manteniendo una moral, una erótica, un cuerpo en el que la pasión es un elemento clave para la interpretación de nuestros mecanismos de actuación sexual.

Una de las notas dominantes del amor cortés va a ser el concepto de «fidelidad» que también entrará a formar parte del sustrato básico de las relaciones sexuales que se dan en nuestra sociedad.

Dando un paso más, en el siglo XIV, en España, nos encontramos con dos corrientes claramente definidas:

Frente al equilibrio y quietud del libro del Buen Amor del Arcipreste de Hita, en el que nos presenta el amor y la sexualidad en un marco de contento, alegría y gozo («el mundo por dos cosas trabaja: *por aver mantenença; la otra cosa era por aver juntamiento con fenbra plazentera*»), aparece el desgarró socio-moral de una sociedad reflejado en «La Celestina» de Fernando de Rojas, en la que el amor se expresa como contienda o batalla («todas las cosas son criadas a manera de contienda, dice aquel gran sabio Heráclito en este modo: *Omnia secundum litem fiunt*») la vida y el amor acaban siendo una gran tragedia-comedia.

Nuestro cuerpo culturalizado sigue viviendo aún hoy en el deseo nostálgico de un amor y una sexualidad gozosas, mientras se debate en la contienda diaria de los sexos.

Podemos afirmar sin temor que nuestro cuerpo sexuado se vive hoy más como lucha y contienda que desde una dimensión de ternura, cariño, gozo, contento, desde una dimensión de lo placentero.

Para no alargarnos, citamos simplemente algunos aspectos importantes como pueden ser las figuras de Don Quijote y su «relación» con Dulcinea de Toboso (la sublimación ideal en el reino del ensueño); el personaje mítico-simbólico de Don Juan, etcétera.

Desde la seguridad de un referente moral establecido, ya desde el siglo XVI los primeros libertinos quisieron oponer una moral natural a una moral revelada.

En el siglo XVIII el libertino, como sibarita que quiere acentuar sus placeres por medio de aventuras extraordinarias, intentará conseguir una síntesis entre el amor único y el libertinaje.

Así nos topamos con el adulterio, que tal como ha sido descrito en la novela europea, es la constatación de reunir la seguridad y la aventura, de satisfacer en el seno del matrimonio un sueño de poligamia.

Entre los libertinos cabría destacar dos personajes que, más que por su vida y sus obras, nos interesan porque han dado nombre a dos aspectos de nuestra sexualidad fuertemente enraizados. El marqués de Sade y Sacher-Masoch, de cuyos nombres se deriva los términos «sadismo» y «masoquismo».

Sería interminable la lista de aspectos y momentos históricos, tanto del pasado como del presente, que han dado pie a estructurar un cuerpo sado-masoquista (para no dudar de nuestro cuerpo sado-masoquista nos puede bastar pensar en la absoluta tranquilidad con la que somos capaces diariamente de leer el periódico o ver el telediario).

Otra época que va a dejar su impronta en nuestro cuerpo sexuado va a ser la etapa histórica del amor romántico, «el amor de los frenesíes secreto del romanticismo», que desemboca en el realismo de fines del siglo XIX.

Desde entonces, si el amor no está teñido de romanticismo, pierde ya para nosotros parte de su encanto.

Podríamos hablar también de la gestación y auge del capitalismo y de su repercusión en las relaciones sexuales. Sólo constataremos la fuerte carga de apropiación (propiedad privada) del cuerpo del otro en las relaciones sexuales, por no meternos también en el campo de lo acumulativo (aumento de capital) que nos lleva a primar lo cuantitativo de la relación (número de coitos, cantidad de orgasmos...) frente a la relación sexual cualitativa.

A partir de ahí, como dice Michel Foucault, la proliferación de los discursos sobre el sexo en el siglo XIX da pie al nacimiento de la sexología como ciencia con una entidad propia.

Veamos a grandes rasgos su proceso evolutivo.

Ya empieza a ser un clásico como punto de arranque la «Psichopatía Sexualis» de Krafft-Ebing, como primer intento de sistematizar los discursos sobre el sexo, manteniéndose en el marco conceptual reinante en su tiempo de la psicopatología. Su mérito radica en que su obra significó la primera nosología sistemática y la clasificación del saber de su época en torno al tema. Podemos decir que Krafft-Ebing es el «verdadero fundador de la patología sexual moderna».

Empujado por el éxito de Krafft-Ebing, pero también consciente de la parcialidad de sus objetivos y de la reducción de sus ideas, Havelock Ellis inicia la ruptura con el planteamiento meramente medicalizado de la sexualidad: «Me parece que ya está bien de descripciones centradas en las perversiones sexuales brutales, aportadas únicamente por la vía del manicomio y del burdel. Por muchas y muy inmensas que éstas sean no serán indicativas más allá de su lugar de origen, es decir, no pasarán de ser elementos raros y extraños de una serie de fenómenos que más útil sería estudiar y comprender en sus formas ordinarias».

Ellis seguirá encontrando la génesis del simbolismo erótico en lo anormal y lo morboso a pesar de su intento de psicologizar y de encontrar una base etnológica a sus planteamientos.

A una visión psicológica llegará el psicoanálisis de Freud y a un planteamiento antropológico-etnológico se acerca la obra de I. Bloch.

Freud, con sus aportaciones del concepto de «libido» (energía sexual), nos proporciona un legado incalculable.

Esto y el conjunto de aportaciones de su teoría, constituyen desde la sexología un cuadro de contenidos que minuciosamente elaborados se acercan más a la comprensión de la realidad sexual. «Si hacemos una valoración de las ideas de Freud sobre la sexualidad, es preciso reconocer que la sexología es deudora y se ha enriquecido con sus aportaciones fundamentales» (E. Amezúa, 1980).

Freud, en un artículo sobre «La moral sexual cultural» de 1908, en el que la define como la tensión histórica entre placer y reproducción, acaba creando una dicotomía entre: «moral natural» y «moral cultural», decantándose por intervenir sobre los individuos, en el ego, de forma que se fortalezca la cultura y se haga más soportable la «moral cultural» del sujeto.

Reich, al contrario, unos años más tarde partiendo del mismo texto, llega a la revolución sexual mediante su radical decantación por la «moral natural».

Su error teórico es que olvida que: la represión es el fundamento mismo de la cultura.

Además con Reich encontramos por primera vez una codificación del placer en forma de orgasmo; con Reich se plantea la necesidad de aprendizaje de los comportamientos sexuales, lo cual requiere previamente la existencia de un código que es masculino, genital y heterosexual.



Otro afluente de ideas de la sexología inicial lo tenemos en T. Van de Valde, ginecólogo holandés, que aunque su aportación es de menos densidad, no podemos olvidar su influencia en las parejas de su época y resaltar, como dice Corbin, que con Van de Valde aparece «el hecho de la erotización de la pareja conyugal en Occidente, acaecido en la segunda mitad del siglo XIX» (Corbin, 1987).

Dos figuras más son dignas de destacar en este naciente campo que empieza a llamarse sexología: I. Bloch y M. Hirschfeld, ambos desde la crítica a la «*psychopathia sexualis*» se dedican a la producción de obras y artículos que aportan una nueva conceptualización de la sexología como ciencia.

I. Bloch acuñará el término «*sexualwissenschaft*» en 1906 y Magnus Hirschfeld fundará en 1919 el Instituto de Ciencias Sexológicas en Berlín y organizará e inaugurará las primeras jornadas y congresos centrados en la temática sexual. Este instituto, como el resto de sus actividades, será desmantelado con la llegada del nazismo y sus aportaciones relegadas al olvido.

Antes de dejar atrás esta fase europea, no podemos olvidar la aportación española empezando por la de don Gregorio Marañón.

A pesar de ser un autor de solera en nuestro país, pocos conocen la parte de su obra referente a la sexualidad. Lo cierto es que Marañón, ya por los años treinta, había producido casi un centenar de trabajos relativos al campo de la «sexualidad», que revisados en conjunto, parecen constituir una «síntesis sexológica».

Otros muchos escritores han aportado su visión de la sexualidad, sólo a modo de ejemplo citaremos a Hildegart, A. Martín de Lucenay, López Ibor, Serrano Vicéns y un largo etcétera, sin olvidar en el momento actual la obra ya considerable de Efigenio Amezúa, tanto desde el

punto de vista histórico, como de la reflexión sobre el análisis actual del «hecho sexual humano».

A partir de la segunda guerra mundial se produce el olvido total de la producción europea, para iniciarse el predominio norteamericano.

Es obvio el corte que supone para cualquier cultura la realidad de una guerra, pero lo ya no tan lógico es que una vez pasada ésta, cuando se comienza la reconstrucción, al contrario de lo que sucede en las demás áreas, la «Sexología» no tenga acceso a seguir su proceso evolutivo y vacía de contenido, nula de tradiciones, no continúe su historia, sino que comience una nueva historia o reconstrucción a partir de una etapa que denominaríamos prehistórica: la de la «Psicopatología».

«Esto traerá como consecuencia un efecto aún más funesto que el que llevó a cabo el nazismo, si se piensa en que lo poco que quedó tras su paso, va a ser ignorado y ocultado sistemáticamente en la fase siguiente» (E. Amezúa).

Y así comienza una nueva fase: «la hegemonía o época norteamericana», que se gestará en torno a los años cincuenta y contará con figuras como Kinsey, Master y Johnson, Kaplan, Money, etcétera.

Kinsey, alrededor de los cincuenta, abrió el camino de una nueva etapa, con sus informes sobre: «Conducta sexual del varón» (1948), «Conducta sexual de la mujer» (1953).

Como nos dirá E. Amezúa al evaluar su estudio, «una admirable dosis cuantitativa de comportamiento que, en conjunto, da luz sobre —por decirlo con su frase favorita— cómo se comportan los humanos en su conducta sexual» (E. Amezúa, 1991).

Como toda obra, sufre de deficiencias, pero también son considerables sus aciertos.

No obstante, el uso de que han sido objeto los datos obtenidos en sus informes han sido desbordados y en casos fuera de lugar.

En cambio, un hecho que no ha sido destacado es la idea central de su obra, en el que revela a la «conducta sexual» como «variada, diversa y multiforme». Idea que le unirá a los autores de la anterior etapa.

Masters y Johnson, apoyados por el ambiente de entusiasmo que había dejado Kinsey con sus informes y siguiendo la línea de Reich, aunque sin nombrarlo, comienzan una serie de trabajos de investigación en torno a las reacciones fisiológicas durante el orgasmo.

Después de varias décadas de colaboración aparecen publicadas sus obras; nombraremos las principales: «Respuesta sexual humana» (1966), «Human Sexual Inadequacy» (1970), «Homosexuality in perspective» (1979).

El punto flaco de su obra estaría en haber efectuado inferencias psicológicas a partir de datos físicos o fisiológicos, que sólo podríamos considerar como indicativos, pero no como representativos de toda una conducta sexual.

Aquí, la idea de la «sexualidad» como «variada, diversa y multiforme», encontrada en la obra de Kinsey, se diluye y aparece otra que emerge como central: «la igualdad en las llamadas respuestas sexuales de hombres y mujeres durante el orgasmo». Idea de gran repercusión a nivel social, pero que rebasa la realidad sexual.

Es posible encontrar unas respuestas, desde el punto de vista fisiológico, que tengan correlatos similares, pero ya no es tan lógico extrapolar esa idea a la vivencia de la sexualidad en general. Se podría decir más bien que es un planteamiento atrevido e insostenible.

Esto nos lleva a revisar la obra de estos autores, sacándoles las verdaderas aportaciones,

que no dudamos han legado a la «Sexología», sin hacer un «uso» de ellas, que a nuestro parecer es más bien un «abuso».

Y finalmente aún a sabiendas que nos dejamos autores en el tintero, daremos un breve repaso a la obra de H. Kaplan, la más clara representante de la «New Sex Therapy», que tiene una gran influencia desde los años setenta.

Kaplan se caracteriza por tener una enorme habilidad en la adaptación del modelo terapéutico de las disfunciones sexuales. En el cual une los logros obtenidos por Masters y Johnson a enfoques muy diversos en un mismo caso clínico. Es decir, que le posibilita a utilizar diferentes recursos tanto de corrientes conductuales como humanistas, sin obviar su formación previa psicoanalista.

Y así es que la misma Kaplan declara a través de sus obras de su perplejidad ante sus descubrimientos.

Ese cuestionamiento hace más atractiva su obra, pero al igual que los otros líderes de esta fase, el uso que se ha hecho de ella, nos parece desmesurado, ya que en vez de ser leído con detenimiento, ha sido utilizado con superficialidad sin tener más conocimiento que unos textos para incurrir en la clínica sexual.

Pero dejemos de «apologías», de «rupturas» y de «ocultamientos» y sigamos en la línea que nos transporta E. Amezúa en su idea de un continuo histórico y en las palabras que con referencia a las últimas décadas nos hace:

«A este respecto, como ciencia interdisciplinar, la sexología ha podido beneficiarse, más que de los modelos teóricos, de la organización técnica o secuencial de unos procesos terapéuticos diseñados y verificados en los más notorios problemas y dificultades relativas a algunos aspectos de la sexualidad.

Por otra parte, con la práctica clínica de estas décadas llevada

según esos modelos y su combinación con otros, la sexología se ha beneficiado precisamente por ser interdisciplinar y estar atenta a ellos.

De dicho beneficio surge la otra característica específica como es el enriquecimiento de su cuerpo teórico propio y su dimensión práctica en la intervención tanto educativa como terapéutica.»

Dada la situación analizada, pensamos que existe en estos momentos una doble perspectiva a cultivar:

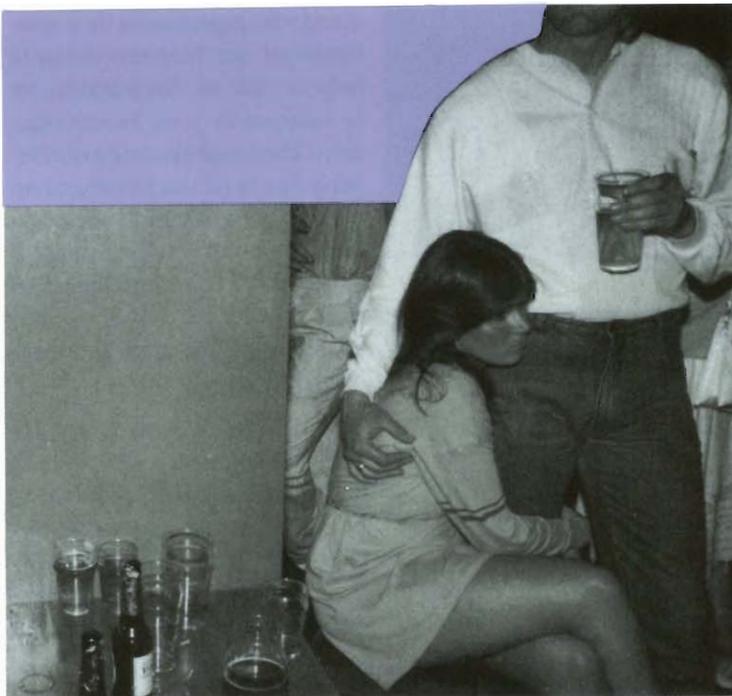
Por una parte, caminar hacia la fundamentación científica y correspondiente institucionalización de la «Sexología» como ciencia, y por otra, un intento de apertura hacia la creación de nuevos paradigmas.

Aun manteniendo las ideas iniciales de nuestros artículos referentes al futuro de la «Sexología» no nos queda más remedio que constatar por una parte el acceso a la «Sexología» para unos como moda o snobismo y para otros como negocio oportunista bien montado, en los que subyacen formas reductoras a la hora de concebir un campo tan claro como es el sexológico.

Ante eso seguimos, con muchos, planteando la búsqueda de un espacio propio en donde aquellos interesados en un estudio serio y de investigación nos podamos mover.

La institucionalización de la «Sexología» como ciencia universitaria empieza en 1959 (Lovaina), siendo seguida durante los sesenta y setenta por otras universidades, creándose diferentes departamentos de sexología.

Muchos de los esfuerzos que actualmente se pierden en discusiones y luchas internas y en descalificaciones, no extraña que se orientaran hacia la creación de una Facultad de Sexología, con la colaboración de todas las ciencias naturales y culturales implicadas en el hecho sexual humano, pues estamos conven-



cidos de que la Sexología es una ciencia con carácter propio y específico.

(Nos remitimos al artículo «Cuestión de fondo y forma. La otra cara del sexo», de Efigenio Amezcua, 1991.)

Pues a pesar de que en su camino es acompañada por diversas ciencias, y en ellas participa de las mismas mitades, hay un punto en que divierte o se separa de las demás, éste sería el objeto propio de su interés: la sexualidad en todo su ámbito, no parcializada (vista desde un solo aspecto) ni descuartizada (vista por partes) sino en la consideración de ser una dimensión propia y totalitaria del ser humano.

Pero después de este repaso histórico, volvamos al principio de nuestro artículo y retomemos que el siglo XX no ha sido capaz de elaborar un código que nos permita acceder a un cuerpo distinto.

La trampa en la que ha caído el siglo XX es la de haber querido vivir una sexualidad libre o liberada manteniendo un cuerpo esclavizado, normativizado, por un código, que ya no queremos que sea el nuestro, pero que sin embargo mantenemos interiorizado, somatizado.

Este cuerpo, muy a pesar nuestro, es todavía un cuerpo

monogámico, reproductivo, genital, heterosexual, masculino, pasional, sadomasoquista, romántico, etcétera.

Construir un cuerpo distinto, un cuerpo que podríamos llamar «integrado», implica un nuevo código por hacer, tan poco limitado que nos permita todos los modos, matices y peculiaridades individuales. No tanto menos normas, sino mayor flexibilidad ante las desviaciones de la norma. En el fondo simplemente una sociedad más tolerante.

Los proyectos educativos de hoy son más cognitivos que nunca y es muy dudoso que suponga algo de cara a la construcción del nuevo cuerpo.

Cualquier proyecto educativo que se plantee incidir en la gestación de un futuro cuerpo distinto, no podrá olvidar, por una parte el referente histórico, que nos da las claves para entender nuestras formas de vivir la sexualidad, y por otra el referente a la corporalidad que nos hace sentir en la propia piel cómo hemos integrado el proceso histórico de forma personalizada.

En primer lugar, las ciencias sexológicas van a tener que incitar, suscitar, excitar, provocar... unos valores, una moral distinta que posibilite un cuerpo distinto.

Probablemente haya que pasar de la dualidad hacia una «integridad polarizada». Paso de una sexualidad dual: hombre-masculino, mujer-femenino a una sexualidad polar que parte del concepto de persona con la polaridad masculina-femenina. (El hombre desarrolla más su polaridad masculina y menos la femenina; la mujer desarrolla más la polaridad femenina y menos la masculina; pero cada uno se permite desarrollar más o menos sus polaridades según su propio deseo y circunstancias.)

Probablemente tengamos que evolucionar de un discurso científico, a un discurso científico-artístico, pasando de una pedagogía de las habilidades, de las aptitudes sexuales, a una pedagogía de las actitudes sexuales.

Probablemente tengamos que:

- Centrarnos en lo cualitativo frente a lo cuantitativo.
- Sustituir el rendimiento por el goce.
- Vivir el goce y no sólo la pasión.
- Dejar de centrar la sexualidad exclusivamente en la genitalidad.
- Vivir la ternura asociada al goce, etcétera.

## BIBLIOGRAFIA

- ALEXANDRIAN: *Los libertadores del amor*. Ruedo Ibérico. Barcelona, 1980.
- AMEZÚA, E.: *La erótica española en sus comienzos*. Fontanella. Barcelona, 1974.
- AMEZÚA, E.: «Cien años de temática sexual en España: 1851-1950». *Revista de Sexología*, número 48, Madrid, 1991.
- AMEZÚA, E.: «Sexología, cuestión de fondo y forma: La otra cara del sexo». *Revista de Sexología*, n.º 49-50. Madrid, 1991.
- BRECHER, E.: *Los investigadores del sexo*. Grijalbo. México, 1973.
- WETTLEY, A.; LEIBBRAND, W.: «De la Psychopathia sexualis a la Ciencia Sexológica». (Traducción del alemán por Consuelo Prieto y Sybille Kapferer en 1990.) *Revista de Sexología*, número 43. Madrid, 1990.